

Notas críticas

**En la búsqueda de actores y desafíos sociales.
La sociología de Alain Touraine**

Geoffrey Pleyers¹

Vida y obra de Alain Touraine

Más de medio siglo de reflexión sociológica

ALAIN TOURAINE NACIÓ EN 1925 Y OBTUVO SU DOCTORADO en historia por la Escuela Normal Superior en París en 1950. Desde entonces, ha llevado una vida de investigación y de reflexión ininterrumpida e intensa. A lo largo de su trayectoria académica, logró combinar un espíritu de síntesis poco común con la erudición típica del estudiante normalista francés y un trabajo de práctica impresionante, ya sea al lado de los obreros (1 200 entrevistas en las fábricas de Renault [Touraine, 1955]), o con las intervenciones sociológicas, método particularmente exigente. Es pertinente agregar su distancia crítica frente a los actores sociales y sus ideologías, así como una gran apertura internacional que se marcó desde el inicio de su carrera. En 1952, el joven sociólogo viajó a Estados Unidos, y desde entonces sus estancias regulares en ese país tuvieron una gran influencia sobre su pensamiento y su visión del mundo. En los años cincuenta, asiste a los seminarios impartidos por el funcionalista Talcott Parsons, contra el cual construirá su sociología. Medio siglo

¹ El autor agradece a Adriana y Rebeca Ornelas, Mauro Enciso, Karine Renon y Francis Mestries. Quisiera dedicar este artículo al Profesor René Doutrelepon, quien falleció en abril de 2005 y cuyo seminario fue el origen del presente texto.

más tarde, una estancia en Nueva York en el momento del estallido de la segunda guerra contra Irak tuvo también una influencia importante en la visión del mundo que posteriormente presentó en su libro publicado a principios de 2005. Pero es sobre todo con América Latina que se vincula la vida personal (su primera esposa de nacionalidad chilena murió en 1990) e intelectual de Alain Touraine. Ha enseñado en numerosas universidades latinoamericanas, donde tejió relaciones particularmente fuertes con Chile, Brasil y, desde los años setenta, con México. Presente en Santiago en el momento del golpe de Estado llevado a cabo por Pinochet, publicó algunos meses más tarde su diario personal, donde cuenta y analiza los últimos meses de la experiencia chilena con Salvador Allende (Touraine, 1974 [1973]). Quince años más tarde, apareció su mayor obra dedicada a América Latina (Touraine, 1987), la cual hace un retrato del continente algunos años después de la caída de las dictaduras militares.

Profesor emérito de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París, donde continúa su seminario semanal, Alain Touraine goza de un importante reconocimiento internacional como lo atestiguan las decenas de conferencias magistrales impartidas alrededor del mundo cada año. Es particularmente en México donde se le otorgaron varios títulos como *Doctor Honoris Causa* (entre otros, por la Universidad Autónoma Metropolitana y la Universidad Nacional Autónoma de México), así como varias otras distinciones de las cuales las más recientes son el homenaje que le rindió el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM y las cátedras “Alain Touraine” creadas por las universidades de Puebla (en 2003) y de Guadalajara (en 2005).

Teoría general e historia inmediata

Un recorrido personal y científico tan prolífico y extenso ha llevado a la publicación de centenares de artículos y de no menos de cuarenta libros, muchos de los cuales han sido traducidos a varios idiomas. Entre sus libros, tres grandes categorías pueden ser distinguidas: las obras dedicadas a un actor preciso; aquellas que desarrollan una teoría general de la sociedad; finalmente, los análisis de temas de actualidad y de hechos recientes.

Por lo que respecta a las obras consagradas a un actor en particular, muchas hablan sobre los movimientos sociales (por ejemplo, la conciencia obrera y los análisis de los nuevos movimientos sociales). Sin embargo, estos análisis nunca están desligados de la construcción de una visión global de la sociedad que se elabora principalmente en una larga serie de libros “teóricos”. Iniciado en las fábricas, lugares centrales de la sociedad industrial, este trabajo

predica y analiza el profundo cambio de sociedad que ha marcado los cuarenta años que separan su primer libro teórico publicado (Touraine, 1969 [1965]) del más reciente (Touraine, 2005). Al lado de algunas temáticas específicas, esta reflexión se desarrolla “en espiral”, regresando continuamente sobre algunos temas centrales: los movimientos sociales, la construcción de la sociedad por sí misma, la democracia, el sujeto personal y el colectivo, etc. Cada uno de estos libros desarrolla temas que han sido ya tratados anteriormente agregando nuevos elementos y una perspectiva adicional.

La última categoría reagrupa, por un lado, los análisis de acontecimientos contemporáneos al sociólogo francés que fueron generalmente publicados pocos meses después de los hechos y, por otro lado, los libros, artículos de prensa e intervenciones en los medios de comunicación, los cuales atestiguan que Touraine también se lanzó a los debates que animan la arena política y social francesa e internacional, ya sea con respecto al neoliberalismo (Touraine, 1999), al asunto de la laicidad (Touraine y Renaut, 2005) o del socialismo (Touraine, 1980). En 1995, dirigió incluso un libro a los responsables de la izquierda política francesa (Touraine, 1995b).

Asumiendo plenamente su estatus de “intelectual” tal como se estableció en la tradición francesa (Charle, 1990), el sociólogo defendió públicamente sus convicciones. Profesor en la Universidad de Nanterre en el 68, Alain Touraine apoyó a su entonces estudiante, el líder estudiantil Daniel Cohn-Bendit, frente a las autoridades académicas. Cerca de treinta años después, con 71 años de edad, se trasladó a la Selva del Sureste mexicano para participar en el Primer Encuentro Intergaláctico convocado por los rebeldes zapatistas (EZLN, 1996; Le Bot, 1997). Cinco años después, participó con entusiasmo en la marcha que llevó a los zapatistas hasta la ciudad de México. Sin embargo, Touraine se ha negado siempre a volverse un intelectual orgánico. Sus intervenciones mantienen siempre una distancia crítica frente a los actores sociales o políticos y siguen orientadas por los análisis de los desafíos² sociales. Muchas veces a contracorriente de las modas intelectuales y de los análisis inmediatos de los hechos elaborados por actores involucrados en ellos, la pertinencia de la perspectiva de Alain Touraine se ha visto realzada por el tiempo, como lo confirma la reedición del libro dedicado al movimiento de Mayo de 1968, treinta años después de su primera publicación (Touraine, 1998 [1968]). Su mirada crítica y distanciada condujo a análisis de gran calidad a pesar de la cercanía de los hechos. Pero también le ha costado numerosos rencores, tanto del lado de la izquierda mitterrandista —llegada al poder pocos meses después de la publicación del libro *L'Après-socia-*

² Adoptamos en este texto el término “desafío” para traducir la palabra francesa *enjeu*, la cual constituye una noción clave en la sociología de Touraine.

lisme (Touraine, 1980)— como del lado de los movimientos sociales “radicales” y de sus intelectuales orgánicos (Lapeyronnie, 2004), particularmente después de la posición que adoptó frente a las huelgas francesas de 1995.³

Su reconocimiento bastante rápido, sin embargo, no lo ha hecho ni dominante en el seno de su disciplina ni adulado por los actores sociales. También es dentro de este contexto que se construyó su perspectiva. Pero ¿no resulta esta posición incómoda, precisamente la condición que permite al intelectual mantener su papel en la sociedad? Éste exige “no hundirse en un pensamiento mecánico ni en los meandros de la acción” (Houtart, 2003) ni en las estrategias y las ideologías de los actores sociales. De hecho, Touraine (1977 [1974]:251) considera que “lo más útil que un sociólogo puede hacer es romper los esquemas prefabricados, los vidrios de las ideologías, de las doctrinas y de las retóricas donde está encerrada la sociedad”.

Actores e historicidad en lugar de sistema y reproducción

Actores y sujetos históricos

Si los discursos de los actores constituyen un elemento que puede ayudar al sociólogo, no revelarán de inmediato la significación final de los actos. Para que ésta pueda ser captada, el sociólogo tiene que llevar el análisis de las relaciones que vinculan entre ellos a los actores sociales. Para Touraine, el trabajo del sociólogo consiste precisamente en vislumbrar estos significados y lo que está en juego (los desafíos) en estas acciones sociales. Weber consideraba éste el papel fundamental de la sociología y de la ciencia en general: “Si, como eruditos, estamos a la altura de nuestra tarea, podemos obligar al individuo a darse cuenta del sentido último de sus propios actos, o por lo menos ayudarlo a esto” (Weber, 1987 [1919]:113).

³ En noviembre y diciembre de 1995, un amplio movimiento de huelga paralizó a Francia. Dos millones de ciudadanos se manifestaron en las calles del país el 12 de diciembre en contra de un proyecto de reforma de la seguridad social. Pierre Bourdieu, entonces carismático profesor del prestigioso *Collège de France* se involucró enérgicamente del lado de los huelguistas, mientras Touraine y sus principales colaboradores tomaron sus distancias y firmaron una petición que resaltaba la necesidad de algunas reformas para adaptar el país a las profundas transformaciones que se venían dando desde los años sesenta. Veían fundamentalmente en estas huelgas un movimiento de defensa de una categoría muy protegida de la población (mayoritariamente funcionarios estatales). Según el equipo de Alain Touraine, lejos de referirse a un proyecto y de llevar los desafíos a nivel de la historicidad, las huelgas de 1995 quedaron principalmente arraigadas en la crisis, atestiguando “las dificultades que existen en Francia para desprenderse de la ideología republicana desde ahora al servicio del inmovilismo” (Wieviorka en Touraine *et al.*, 1996:296).

Con su sociología, Touraine busca los desafíos centrales que animan a la sociedad y por los cuales ésta se reproduce a sí misma. Llama “historicidad” al trabajo de auto-producción de la sociedad, a la capacidad de una sociedad de intervenir en su propio funcionamiento, de producir sus orientaciones normativas y de construir sus prácticas en un momento determinado de su historia. Pero la historicidad no constituye el único nivel de la acción social. Concretamente, los actores mezclan en sus actos y discursos diferentes niveles de significación que el sociólogo tiene que discernir. Por ejemplo, con reivindicaciones obreras se puede buscar un aumento salarial, situando la lucha a nivel de la *organización*. También pueden tener por objetivo mejorar la posición de los trabajadores en las negociaciones sociales o en las instituciones nacionales. Se trata entonces del segundo nivel llamado “político/institucional”. Finalmente, los actores pueden contestar la organización social en su conjunto, luchar por desafíos culturales, buscando transformaciones profundas de la sociedad y el control del progreso y de la producción. En este último caso, la lucha se coloca al nivel de la historicidad y concierne al conjunto de la sociedad. Se puede entonces hablar de *movimiento social*: “Lo propio de un movimiento social es no estar orientado por valores conscientemente expresados. (...) Se define por el enfrentamiento de intereses opuestos por el control de las fuerzas de desarrollo y del ámbito de la experiencia histórica de una sociedad” (Touraine, 1995 [1973]:323).

El *sujeto histórico* es aquel que lucha en el nivel más elevado, el de la historicidad. No se trata “ni de una realidad empírica, ni de una realidad trascendental, sino de una noción sociológica cuya naturaleza es tal que los actores históricos nunca pueden ser identificados con él ni comprendidos fuera de su relación con él” (Touraine, 1969 [1965]:170). Ningún actor concreto corresponde exactamente a un sujeto histórico; sin embargo, sólo cuando se hace referencia a estas significaciones elevadas los actores concretos y las prácticas sociales pueden ser interpretados.

El actor en vez del sistema

La sociología de Alain Touraine no es una sociología de sistemas sociales, de la reproducción y de las funciones, sino del actor y más específicamente del Sujeto, definido como la voluntad de construirse como un actor. Su proceso teórico se inscribe en oposición al paradigma estructuralista dominante en los años cincuenta y en particular el de Talcott Parsons. También se opone a la corriente dominante después de 1968 encarnada especialmente por Poulantzas, Foucault o Bourdieu, quienes se centraron en la dominación

presente en todos los aspectos de la vida social. La reproducción de la sociedad o la omnipresencia del poder no dejan espacio ni autonomía a los actores y niegan su capacidad de construirse como tales. Es precisamente esta capacidad de construirse como actor que Touraine pone en el centro de su sociología, mirando no hacia las estructuras o la reproducción de la sociedad, sino hacia el cambio y la producción de la sociedad por ella misma. Nos alerta contra “la ficción que el orden es primero”. Primero viene la capacidad creadora de una sociedad de producirse y transformarse, es decir, “el trabajo que la sociedad moderna cumple sobre ella misma, inventando sus normas, sus instituciones y sus prácticas” (Touraine, 1978:45).

A lo largo de las décadas, Touraine se opuso entonces a todas las formas de “globalismo” definido como las perspectivas teóricas, ideológicas o las concepciones del mundo que hacen desaparecer a los actores dentro de un sistema global (Touraine, 1997). El globalismo de izquierda ve la sociedad dominada por los grupos de poder, y a todas las resistencias disolviéndose en los ríos de manipulaciones o de seducciones. El globalismo de derecha afirma que la economía globalizada y la mundialización quitan toda capacidad de intervención a los gobiernos y a los pueblos. El famoso “*There is no alternative*” de Margaret Thatcher y la proclamación del “fin de la historia” de Fukuyama (Fukuyama, 1992) después de la *victoria definitiva de la democracia de mercado* constituyen sus reencarnaciones más recientes. Opuestamente a esta ideología neoliberal que privilegia la autorregulación de los mercados, y también contrariamente a algunas creencias revolucionarias en una necesidad histórica, Alain Touraine no ha cesado de afirmar que no existen ni fatalidad, ni necesidad históricas, sino actores que construyen la historia y producen la sociedad.

La producción de la sociedad por ella misma se realiza entonces por conflictos que oponen a los dos actores centrales y donde lo que está en juego se refiere a la propia historicidad. En este sentido, obreros y patrones se organizaron en torno a conflictos relacionados con la apropiación de los recursos involucrados en la producción industrial, la cual era valorada positivamente por estos dos adversarios quienes se afirmaron cada uno como el mejor defensor de la industrialización en contra de los intereses particulares del otro (Touraine, 1969 [1965]). En este marco, la sociedad debe estar representada como un campo de creación conflictiva. Para Touraine, el conflicto de sistemas de valores concurrentes no conduce a la desestabilización de la sociedad; al contrario, está en el corazón de la producción de la sociedad por ella misma. Como Marx, Touraine sitúa no al orden sino al conflicto en el centro de su sociología, estimando que “el buen sociólogo, es aquel que encuentra los conflictos, las oposiciones, las tensiones” (Primer congreso de la

Asociación Francesa de Sociología, 27 de febrero 2004). El enfoque del análisis se pone entonces sobre las relaciones sociales entre los actores (Touraine, 1977 [1974]:245).

Movimientos sociales y sociedad

Una definición estricta de los movimientos sociales

Para Alain Touraine, los movimientos sociales no se reducen a acciones estratégicas ni mucho menos a procesos de formación de identidades. Se trata antes que nada de actores que llevan sus luchas al plano de la historicidad, es decir, de grupos sociales que luchan con la finalidad de transformar los modelos culturales y conducen sus protestas hasta las orientaciones centrales de una sociedad. Analíticamente, Touraine distingue tres principios que fundan cada movimiento social: la identidad, la oposición y la totalidad. El *principio de identidad* se refiere a la definición del actor por él mismo. Pero la formación de un movimiento precede a esta conciencia: es el conflicto el que constituye y organiza al actor. Con el *principio de oposición*, se trata precisamente de esta capacidad del movimiento para nombrar a su adversario. Un movimiento no se organiza sino nombrando a su adversario, aunque su acción no presupone esta identificación. Es el conflicto quien hace surgir al adversario y forma la conciencia de los actores involucrados en él. Las orientaciones comunes a estos dos adversarios llevan al *principio de totalidad*. El movimiento obrero compartía así con los capitalistas los valores de la industrialización: la creencia en el progreso, la idea del “*one best way*” o la importancia de la producción y de la productividad. Los dos movimientos no oponían dos tipos totalmente distintos de sociedades, pero sí dos versiones conflictivas, opuestas, del mismo modelo industrial.

El conflicto entre dos movimientos no establece una ruptura radical entre dos “enemigos” que buscan destruirse sino, al contrario, una relación social entre adversarios que comparten valores culturales, desafíos y orientaciones comunes alrededor de los cuales siguen luchando. De la misma manera que el movimiento obrero compartía valores de la sociedad industrial con los capitalistas industriales, el movimiento altermundista comparte numerosos valores comunes con sus adversarios neoliberales. La mundialización del movimiento, la importancia de la estructura de redes en su organización, el uso intenso y eficaz de las nuevas tecnologías de la comunicación, la capacidad de aprovechar los medios masivos de comunicación o la individualización (teniendo al compromiso de un lado, y al consumo del otro) son valores

y prácticas compartidas tanto por los altermundistas como por las multinacionales. Reenvían a un mismo “nuevo espíritu del capitalismo” (Boltanski y Chiapello, 1999), a valores de una sociedad compartida: la sociedad “informativa” (Castells, 1999).

Sociedad post-industrial y nuevos movimientos sociales

Alain Touraine dedicó sus primeros veinte años de investigación sociológica al análisis de la sociedad industrial y al mayor conflicto social que la movía. El trabajo estaba en ese entonces en el centro de la vida social. Pero muy precozmente, Touraine percibió un cambio de sociedad que comenzaba a manifestarse a finales de los años sesenta. Los movimientos de 1968 habían roto la antigua separación entre vida privada y vida pública y se inscribirían en las premisas que anunciaban una sociedad nueva. En 1969 Touraine dedicó un libro a esta nueva sociedad que se empeñaba en surgir y a la que igualmente llamó “la sociedad programada” (Touraine, 1973 [1969]). Pero, dentro de esta nueva sociedad, ¿cuáles eran los movimientos y los desafíos que iban a ocupar el lugar central donde se encontró el movimiento obrero ya en declive? Los quince años siguientes fueron consagrados por Touraine y su equipo en la búsqueda de estos “nuevos movimientos sociales”.

Lo que había que hacer era descubrir los nuevos desafíos de esta sociedad, en la cual la importancia de la cultura, la educación, la información y la comunicación, sobrepasa progresivamente a la producción de bienes materiales que estaba en el corazón de la sociedad industrial. La dominación no se jugaba exclusivamente en los lugares del trabajo, sino también en otros escenarios como son la formación escolar o el consumo, en los cuales la manipulación cultural ejercía una influencia creciente. ¿Qué nuevos actores podrían cuestionar la orientación general de este nuevo sistema de acción histórica? ¿Quiénes lograrían dar un sentido al tránsito de un tipo de sociedad a otra? En un sistema de producción que integra la información y el consumo más estrechamente que antes, los trabajos de Touraine en los años setenta perciben a los tecnócratas como la nueva clase dirigente que no tardará en confrontarse a algunos movimientos. Los análisis se enfocarán entonces sobre los movimientos estudiantiles, regionalistas, de ecologistas, feministas o del sindicato polaco *Solidarność*, sin olvidar una investigación dedicada al movimiento obrero en declive. Por todas partes, el equipo de sociólogos buscaba actores que centraran sus luchas en desafíos más culturales y dejaran de percibir la producción de una nueva sociedad. Con cada estudio se trataba de “buscar el movimiento social” en estos actores, de buscar el sentido y los desafíos

que reenvían a un movimiento social dentro de una serie de luchas, desempeñándoles de otros significados que también llevan los actores. A este propósito, Touraine creó un nuevo método: *la intervención sociológica*.

La intervención sociológica

La realización completa de este método demandó la movilización de un equipo de investigadores durante cerca de dos años. Después de haber realizado una amplia investigación preliminar, se organizaron varios grupos de militantes del movimiento estudiado para llevar a cabo una serie de encuentros de dos tipos: una parte se dedicó a impulsar una reflexión del grupo sobre las prácticas, ideas y sentidos del movimiento, mientras otra confrontó al grupo con representantes de actores sociales que se relacionaban con el movimiento: adversarios identificados, líderes militantes, agentes de instituciones públicas, sindicalistas, etc. Los investigadores elaboraron entonces lo que consideraron ser la hipótesis más favorable para los actores, que daba un papel importante al movimiento en la sociedad. Después de varios encuentros, se expuso esta hipótesis al grupo, insistiendo sobre la convicción de los investigadores de que el sentido de la acción del movimiento sobrepasa la idea que tienen de él los militantes. El grupo se apoderó generalmente con gusto de esta hipótesis ya que da una significación importante a su movimiento. Por lo tanto, la verificación de la hipótesis no opera si los actores no se la apropian a más largo plazo y si la reflexión y la acción del grupo no se ven reforzadas por esta interpretación. En el caso contrario, las hipótesis presentadas por los investigadores no introducirán más que contradicciones, ilusiones y una gran distancia entre los discursos y los actos reales.

Una década de prácticas de este método exigente resultó en un análisis que mantiene su pertinencia un cuarto de siglo más tarde. No obstante, no ha permitido descubrir al movimiento social que ocupa el lugar que era del movimiento obrero en la sociedad industrial. Utilizado primero en investigaciones dedicadas a los nuevos movimientos sociales, la intervención sociológica fue enseguida puesta en práctica en el análisis de objetos diversos, tales como los jóvenes marginados de los suburbios (Dubet, 1987), el terrorismo (Wieviorka, 1988) o la sociología urbana (Francq, 2003). En México, Zerméño (2005) concibió una versión distinta de este método para reforzar a los comités de barrio y “empoderar” a asambleas ciudadanas. Al lado de la propia investigación, su equipo se propone contribuir también a una “re-densificación social” que pasa por una mayor participación de los ciudadanos a nivel local-regional.

El estudio de los movimientos sociales como mirada general a la sociedad

Alain Touraine considera indisociables el estudio de movimientos sociales y el de la sociedad en general. Con el estudio de los movimientos sociales, su ambición sigue siendo proponer un diagnóstico global de la sociedad. Cuestionando los desafíos y los valores centrales, los movimientos sociales están de hecho en el centro de la producción y de la transformación de la sociedad por ella misma. En esta perspectiva, “los movimientos sociales no se limitan a un objeto particular sino constituyen una mirada general sobre la vida social” (Touraine, 1993:24; véase también Touraine, 1987 [1984]:93-106). Con el movimiento obrero, Touraine estudió la sociedad industrial. Con los nuevos movimientos sociales, buscó comprender el paso de una sociedad a otra y, más allá de la persistencia de lo antiguo, la emergencia de una sociedad “post-industrial”. Desde 1992, sus investigaciones centradas en el Sujeto tienen igualmente por objetivo penetrar el centro de esta “modernidad tardía” que Castells bautizó como la sociedad informacional. Antiguo estudiante de Touraine, este autor se apoya en este modo de análisis, particularmente cuando se trata de movimientos sociales (Castells, 1999). Cuando estudia la revuelta zapatista, analiza a partir de ésta la democracia en la sociedad mexicana así como las premisas de una lucha en contra del neoliberalismo en un movimiento que se volverá algunos años más tarde una de las mayores fuentes del altermundismo. Cuando desarrolla sus análisis sobre el fundamentalismo cristiano, las milicias y los movimientos patriotas en Estados Unidos, nos entrega un diagnóstico de una parte de la sociedad norteamericana que, si bien raramente evocada en esta época, jugará un papel clave en el país algunos años más tarde, volviéndose la base electoral y social de los Estados Unidos de Georges W. Bush.

El Sujeto y el fin de la sociedad

De la sociedad al sujeto

La sociedad de fines de los noventa y de los primeros años de este siglo no es la sociedad “programada” de los setenta y ochenta. El individuo tiene un espacio cada vez más importante; el desarrollo personal y la “preocupación por sí mismo como valor central [están] presentes por todas partes” (Touraine y Khosrokhavar, 2000:113). Pero este individualismo también lleva a la “desafiliación” (Castel, 1995), el declive de las instituciones y de las

redes protectoras para un número creciente de individuos. Por lo que respecta a la tecnocracia del Estado, denunciada como uno de los mayores adversarios de los movimientos sociales —ver en particular las investigaciones sobre el sindicato polaco *Solidarność* (Touraine *et al.*, 1982) y el movimiento anti-nuclear (Touraine *et al.*, 1980)—, perdió claramente su peso bajo la supremacía de la ideología y de las políticas neoliberales así como la disolución del bloque del Este. Con esta individualización creciente se desarrolla el concepto de Sujeto en la sociología de Alain Touraine, tomando el lugar central que ocupaban anteriormente los movimientos sociales.

La primera etapa de la reflexión de Touraine alrededor del Sujeto fue la de recordar un camino filosófico dentro de la modernidad. Ésta se caracteriza por un proceso de racionalización así como también por una importancia siempre mayor atribuida al Sujeto. La modernidad se analiza entonces ya no como “el reino impersonal de la Razón contra los particularismos (...), sino al contrario, como una acción cada vez más amplia de la sociedad sobre ella misma” (Touraine, 1994 [1992]:507). Es a partir del Sujeto que el sociólogo examina luego a la democracia. Este régimen se distingue por reconocer a los individuos y a las colectividades como sujetos, es decir, que “los protege y los estimula en su voluntad de *vivir su vida*, de dar una unidad y un sentido a su experiencia vivida” (Touraine, 2000 [1994]:274). Tres años más tarde, abordará con esta misma perspectiva las cuestiones del multiculturalismo en una obra importante que sintetiza su pensamiento en esta época: *¿Podremos vivir juntos? Iguales y diferentes* (Touraine, 2000 [1997]). Dará después un paso más hacia un sujeto más personal (Touraine y Khosrokhavar, 2000) y subrayará el agotamiento de las categorías del pensamiento económico y social (clases sociales, funciones de la sociedad, PNB, tasa de empleo, etc.), las cuales ya no logran leer el nuevo tipo de sociedad que se está construyendo. Un nuevo paradigma es entonces necesario para ayudarnos a entender este mundo (Touraine, 2005). Después de un periodo dominado por el pensamiento político (Maquiavelo, Hobbes, Montesquieu, la revolución francesa, etc.) y otro centrado en lo económico y lo social (a partir de la revolución industrial, a mediados del siglo XVIII en Inglaterra, y en 1848 en Francia), hemos entrado en una época distinta en la cual los derechos culturales y el Sujeto son centrales. Para nada significa esto la desaparición de lo económico, como lo político no habría desaparecido en la revolución industrial. Pero es en el nivel cultural que se juegan desde ahora los desafíos mayores y es en términos culturales que se concibe fundamentalmente al mundo actual: religión, sexualidad, choque de civilizaciones, comunicaciones interculturales, desarrollo personal, identidades, movimientos culturales y comunitarios, derechos culturales.

Una modernidad tardía

El pensamiento de Touraine se inscribe en una evolución más larga que ha marcado tanto a las ciencias sociales y la filosofía política⁴ como la vida de muchos individuos en el transcurso de las últimas décadas. En efecto, se produjo una ruptura, percibida particularmente por tres fenómenos que trastornaron nuestra concepción del mundo: el primero de ellos fue poner en duda la ideología del progreso. A partir de ese momento, la modernidad no puede verse como un paso adelante más o menos triunfante de los pueblos y de las naciones sobre los rieles del progreso económico y político. Uno de los resultados fue una redefinición de la problemática de la modernización (que comprende también al desarrollo) a partir de paradigmas más culturales (Poncelet, 1994). Inglehart (1977) mostró la importancia creciente de los “valores post-materialistas”, entre los que figura particularmente el desarrollo individual.

La globalización vino a completar esta ruptura y agotamiento de las categorías sociales que se construyeron esencialmente dentro del marco de Estados Unidos (Beck, 1998). Touraine (1999) la define como una expresión extrema del capitalismo al que atribuye un sentido próximo del de Polanyi (1992) [1944], insistiendo sobre la autonomización de la economía con respecto a lo político y lo social. El mundo económico funciona desde ahora en un nivel mucho más elevado que todas las fuerzas que pudieran controlarlo y las únicas instituciones internacionales fuertes son aquellas encargadas de mantener la predominancia económica a nivel mundial. Por lo tanto, la *sociedad*, definida por la integración de las diversas esferas de la actividad humana (incluyendo la económica) en el seno de una colectividad territorial, ha quedado desbaratada a partir de ese momento.

Finalmente, la idea profundamente moderna de la libertad creadora marca igualmente una ruptura con la época donde dominaba el pensamiento social y se valoraba antes que nada la integración dentro de la sociedad, el interés general, las necesidades y las funciones de los sistemas sociales. En lo sucesivo, son los derechos culturales y el Sujeto quienes ocupan el centro del escenario. Al concluir su combate en contra del funcionalismo llevando lo más lejos posible la inflexión de su sociología hacia el individuo y lo cultural, Touraine decreta desde entonces el “fin de la sociedad”, puesta en tela de juicio por la globalización (por *arriba*) y por la individualización y la subjetividad (por *abajo*). No son más la sociedad y lo social lo que constituye el

⁴ El debate entre Fraser y Honneth (2003) alrededor de los conceptos de reconocimiento y de redistribución es particularmente interesante a este propósito.

criterio de definición del bien y del mal, pero sí el individuo-sujeto dentro de su libertad creadora y en cuanto creador de su propia existencia. Al punto que “se ha vuelto difícil creer que sólo integrándonos a la sociedad, a sus normas y a sus leyes, el ser humano puede convertirse en un individuo libre y responsable” (Touraine, 2005:130).

Desde entonces, es en el nombre del sujeto, y más bien en nombre de la sociedad, que se fueron creando nuevas instituciones y que los actores transforman sujeto y sociedad. Los elementos del derecho que permiten al individuo defenderse del Estado se multiplican. Si antes la principal función conferida a la escuela era la de socializar a los niños para transformarlos en miembros responsables de una sociedad y, a la vez, en trabajadores y ciudadanos, hoy en día es reafirmado como objetivo de la enseñanza la apertura de los infantes (Dubet, 2002). Ya sea la escuela, la iglesia o la familia, “nosotros no pensamos que su única función es la de socializar a los niños. Nosotros estamos cada vez más convencidos de que estas instituciones deben estar al servicio de la capacidad de los infantes (de los individuos) para actuar como un Sujeto” (Touraine, 2005). En otros términos, el objetivo de la institución escolar se desplazó del progreso de la sociedad, hacia el desarrollo de los sujetos personales de los niños. En el mismo sentido, la institución hospitalaria desplazó su centro de atención de la enfermedad al enfermo, como lo ilustra particularmente el desarrollo espectacular de las llamadas “curas paliativas”.

Es así como pasamos de una modernidad dominada por los hombres, que se vuelve hacia el exterior, la conquista del mundo y la dominación, a una cultura que ve hacia el interior, encaminada hacia la conciencia y la construcción de sí mismo, vivida más intensamente por las mujeres. Ellas se caracterizan en especial por su capacidad para realizar varias tareas al mismo tiempo, rechazando por ejemplo el tener que elegir entre su vida personal y su vida profesional. “Ellas piensan y actúan en términos ambivalentes, esto les permite combinar sus dos mundos y no les obliga a elegir” (Touraine, 2005:327-328). Pasamos así de un mundo de elecciones y de dominación a uno ambivalente y de recomposición. Las mujeres (pero también los movimientos indígenas) se distinguen por su gran capacidad para combinar elementos que habían estado separados ya que unos dominaban a los otros: lo público y lo privado, lo particular y lo universal, la vida privada y la vida profesional, el cuerpo y el espíritu, el progreso y la estabilidad. Este movimiento de recomposición de la vida social y de la experiencia personal constituye para Touraine (2005:324) “el único movimiento cultural susceptible de proveer a nuestra sociedad una nueva creatividad”.

El Sujeto

El desafío central de nuestra sociedad, la finalidad principal tanto de las instituciones como de los individuos, tiende desde ahora a la afirmación de la voluntad en cada individuo de ser un actor, un sujeto capaz de construirse: “Eso que cada uno de nosotros busca, en medio de los acontecimientos donde uno se sumerge, es construir *su* vida individual, con su diferencia con respecto a todos los otros y su capacidad de dar un sentido general a cada suceso en particular” (Touraine, 2005:172). La relación con sí mismo se vuelve entonces un elemento central de la experiencia social. La relación con el cuerpo y la sexualidad en el sentido amplio del término ocupa entonces un lugar cada vez más importante. La “búsqueda de uno mismo” adquiere una importancia fundamental cuando el sujeto, definido como “la voluntad del individuo de ser actor de su propia existencia”, se convierte en el centro del análisis. El sujeto se encuentra entonces dentro del “carácter creador del actuar humano” (Joas, 1999 [1992]), en “la posibilidad de construirse como individuo, como un ser singular capaz de formular sus elecciones y de resistir a las lógicas dominantes, ya sean económicas, comunitarias, tecnológicas u otras. El sujeto es primeramente la posibilidad de constituirse a sí mismo como principio del sentido, de ubicarse como un ser libre y de producir su propia trayectoria” (Wieviorka, 2004:286).

Para los individuos, constituirse en sujetos es construir su propia existencia, definir sus gustos sin subordinarse a normas o roles predeterminados (Wieviorka, 1998:244). El sujeto se alberga entonces en el deseo individual de tener una parte activa en la formación de su destino,⁵ está dentro del individuo que quiere actuar sobre el curso de su vida. Es por esta voluntad que la sociedad se produce por sí misma, pero también por la que el individuo produce su propia experiencia (Dubet, 1994; Wieviorka, 2004:286). Podemos encontrar el origen de ciertos trazos mayores de este sujeto en el romanticismo. Por ejemplo, Sahni (2001) pone de relieve el lugar de la voluntad de actuar, de la realización de sí mismo, del arrancamiento, de la reflexión, de la responsabilidad o de la participación en la vida moderna en la obra de Goethe. Todos son elementos claves de la definición tourainiana del sujeto.

La relación entre el individuo y el sujeto personal reenvía a éste, el cual enlaza las luchas sociales con el movimiento social. El sujeto no puede entonces confrontarse con un actor concreto. Un individuo nunca es enteramente sujeto; tampoco un actor social puede identificarse con el sujeto histó-

⁵ Nos aproximamos aquí a ciertos aspectos de la voluntad de poder de Nietzsche (Mandalios, 2003).

rico. No existe ni actor completamente dueño de sus actos, ni individuo totalmente clarividente. El sujeto es una de las significaciones —la más amplia— que lleva un individuo y que vuelve a manifestar cada vez a través de sus actos. “Este sujeto, nadie supuso jamás que se le podría encontrar en la experiencia” (Descombes, 2004:331). De la misma manera que el movimiento social, “el sujeto no puede ser percibido como un hecho social, un objeto empírico que podemos directamente describir y medir. Es una actividad de los individuos y de los grupos que no ha sido totalmente identificable en una práctica real” (Touraine, 1995a:29). Se trata por lo tanto, para los sociólogos, de investigar entre los múltiples significados de las acciones, aquéllos que reenvían al concepto de sujeto.

El sujeto ya no puede ser una experiencia en la medida en que él reside en un trabajo, un esfuerzo, una voluntad que lleva a su construcción, a una lógica de actor, a la creación y extensión de un espacio que le permite manifestarse. “El sujeto se define como la capacidad de construirse, como una virtualidad” (Wieviorka, 2004:298). El resultado sólo puede ser provisorio y evolutivo. “El sujeto no es ni el individuo ni el sí mismo, sino el trabajo a través del cual un individuo se transforma en actor, es decir, en agente capaz de transformar su situación en lugar de reproducirla” (Touraine, 1994 [1992]: 476). El sujeto del cual estamos tratando no es un actor transparente o totalmente soberano, pero sí “un individuo en su esfuerzo por volverse un actor responsable” (Touraine, 2002:391). Esta construcción nunca se acaba, pero siempre está en curso. Entonces resulta que ningún individuo puede ser un sujeto, al igual que una acción colectiva no puede ser un *movimiento social*. Por el contrario, el esfuerzo que constituye el sujeto está presente en diferentes niveles y bajo distintas formas múltiples en ciertos individuos y en algunos movimientos.

Contra la absorción por los mercados o por los municipios

El sujeto debe librar una doble lucha contra las fuerzas que quieren absorberlo. Por un lado, pesa sobre él la amenaza del enorme poder de los mercados, de las tecnologías y de los grandes aparatos tecnócratas que controlan y manipulan al individuo; por el otro, está el riesgo de verse encerrado en las fronteras comunitarias.⁶ Frente a estas fuerzas no-sociales, surge otra fuerza igualmente no-social: la del sujeto. “Contra la comunidad como contra el

⁶ Numerosos autores insisten sobre este punto, comenzando por Castells (1999) o Barber (1995), quien ha denominado estas tendencias *McWorld* y *Jihad*.

mercado se [hace] escuchar la llamada al individuo por él mismo, su voluntad de ser actor” (Touraine, 1995a:34).

La identidad y la pertenencia a una comunidad abierta pueden ser recursos importantes dentro de la lucha por el reconocimiento y la dignidad de sujetos individuales o colectivos. No obstante, el riesgo es que la identidad se constituya como la única razón de ser del movimiento o que las subjetividades y las demandas individuales de autonomía sean sometidas a los objetivos de la comunidad. A esto se refiere Touraine (1978:305) con la expresión “la trampa de la identidad”, recordando que cuando ésta se separa del conflicto y de los desafíos sociales, la identidad lleva al repliegue comunitario. Es en este doble desenredo del mercado todo poderoso y de las comunidades que se construye el sujeto. Éste reside en el esfuerzo para salvaguardar y reforzar su individualidad, la cual siempre está en peligro de ser destruida por estas fuerzas.

Frente a los mercados y las comunidades, el sujeto opone la construcción de él mismo en su individualidad. Es desde este momento, a nivel de sujeto individual, que se puede operar la combinación de dos mundos, los cuales, dentro de nuestra modernidad, se alejan cada vez más uno del otro: el de la racionalización instrumental y el de las identidades. Así el individuo-sujeto busca “trazar su camino individual, combinar su participación en el mundo planetario de los técnicos de mercados y del consumo con la defensa de orientaciones culturales recibidas o creadas” (Touraine y Khosrokhavar, 2000:10).

Tres formas de individualización

Touraine (2002) distingue tres grandes perspectivas sobre la individualización, tema muy discutido dentro de la sociología contemporánea. La primera es la de los “racionalistas” para quienes el objetivo y la significación de la acción residen en la satisfacción de los intereses del actor. Sociólogos como Boudon, pero también Marx y muchos otros, adoptaron esta perspectiva. Los teóricos de la movilización de los recursos ven por ejemplo en las movilizaciones sociales medios que permiten a sus actores satisfacer algunos de sus intereses, recibiendo remuneraciones de múltiples formas. Al contrario, el Sujeto tourainiano se encuentra en la parte no socializada del individuo, en lo que va más allá de la racionalidad y del interés.

La segunda perspectiva se califica de “hedonista”. Desarrollada particularmente por los teóricos de la post-modernidad así como por algunos sociólogos de la Escuela de Frankfurt, ésta considera el goce como objetivo final.

Todo orden social siendo disuelto y la sociedad estallada, al individuo no le queda más que aprovechar su vida. Por lo tanto, este individuo no alcanza a ser sujeto, ya que su vida se ve manipulada por varias fuentes, tales como la libido o el *marketing* de la sociedad de consumo. Este repliegue individualista conduce a estimar que “sólo quedan yo y mi tiempo libre”. Esta idea de un bienestar de tipo individualista no corresponde para nada al sujeto. Al contrario, se trata de una fuerza que lo puede absorber y hasta destruir. De hecho, la individualización del sujeto se encuentra antes que nada en “una resistencia del ente singular hacia la producción de masas, el consumo de masas y las comunicaciones de masas a través de los medios masivos de comunicación. No nos podemos oponer a esta invasión por principios universales pero sí a través de la resistencia de nuestra experiencia singular” (Touraine, 2002).

Para Touraine, las dos primeras formas de individualización someten cada una al individuo a principios impersonales, ya sea el interés individual o la libido. Les opone entonces una tercera forma, en la cual el individuo llega a ser su propio fin, encontrando en sí mismo su legitimidad. El sujeto personal es capaz de emprender su propia iniciativa y de elegir “acciones autónomas, experiencias personales auténticas y de creación” (Touraine, 1995a:40). Su voluntad de ser actor se funda en él mismo. Como lo señaló Wieviorka (2004:304), “la idea de sujeto es indisociable de la auto-fundación y de la autonomía. Insiste sobre la capacidad creativa del ser humano, que no sólo crea pero que se crea a él mismo a través del ejercicio de su pensamiento según Hegel, de su trabajo según Marx” pero también de su resistencia porque, como lo señaló Deleuze, “resistir es crear”.

Autónomo, el sujeto no es por lo tanto egoísta como lo sostendría un análisis utilitarista. Touraine no concibe el individuo sino atado a los otros. El mero desafío al cual se enfrenta la vida colectiva en nuestros días, es precisamente el de aprender a vivir juntos, iguales y diferentes. Esta individuación del sujeto combina participación en la sociedad e identidades y abre un camino que permite pensar la articulación entre los problemas culturales y los de la justicia social (Touraine, 2000 [1997]; Fraser y Honneth, 2003; Wieviorka y Dubet, 1996; Wieviorka, 2001; Martiniello, 1997).

Con la individualización creciente, la “ruina de la sociedad” y el fin del pensamiento social, la mirada se desplazó hacia el individuo. En esta modernidad informacional donde todo es movimiento y flexibilidad, el individuo sólo pudo encontrar un polo de estabilidad en sí mismo. Al señalar las oportunidades que se han creado recientemente para la construcción de sujetos, Touraine no se olvida de los aspectos negativos de estas evoluciones. Al mismo tiempo que liberan de algunas dependencias y de reglas impuestas, pueden llevar a una desocialización, a la desestructuración de vínculos so-

ciales, a la soledad y a la crisis de las identidades. En dos modos distintos, la desafiliación analizada por Castel (1995) y la “fatiga de ser uno mismo” de Ehrenberg (1998) desarrollan estos aspectos.

En los últimos años, numerosos sociólogos del espacio francófono se propusieron repensar el vínculo social a partir de esta individualización creciente, llegando a análisis semejantes (Singly, 2003; Kaufmann, 2001; Bajoit, 2003). Preguntas análogas animan a sociólogos alrededor del globo. Elias (1991) ya dedicó su vida a esta reflexión. En las ciencias sociales alemanas o anglo-sajonas, el concepto de *human, personal* o *social agency* refleja preocupaciones semejantes a las que llevaron a Touraine a construir la idea del sujeto, mientras Habermas da, igualmente, un paso hacia una esfera emancipadora de la acción. Joas (1999 [1992]) demuestra toda la importancia del papel de la temática de la creatividad del actuar humano en la filosofía (sobre todo en la filosofía de la expresión, la filosofía de la vida y el pragmatismo) y después en las obras de algunos pensadores que fundaron la sociología (Weber, Marx o Durkheim) así como lo desarrollaron numerosos de sus sucesores.

Los límites del paradigma cultural y post-social

Como sostienen, entre muchos otros, Fraser y Honneth (2003) o Taylor (1992) y el propio Touraine, las luchas culturales, y especialmente las que llevan demandas en términos de reconocimiento, tomaron una importancia mayor a lo largo de las últimas décadas. Los desafíos llevados por las mujeres, los indígenas y las minorías culturales revelaron el espacio público desde los años ochenta. No obstante, en la misma época se desarrolló una globalización extrema, la cual condujo a cantidad de problemas sociales vinculados con la desigualdad creciente y el declive de las protecciones sociales. Al inicio del siglo XXI, el acceso a recursos mínimos para sobrevivir está en riesgo para la mitad de la población del planeta. Es también en contra de esta evolución que se levantaron nuevos actores.

Si bien responde a una crisis del paradigma social y de los actores sociales y políticos de la sociedad industrial (sindicatos, partidos, etc.), este nuevo paradigma también tiene sus límites. El enfoque sobre las luchas por el reconocimiento tuvo por resultado un deslinde entre las políticas culturales y sociales. Junto con la globalización, todas las esferas de lo económico, de lo social y de lo cultural se distancian.

Reflexiones recientes en el ámbito de la filosofía social (Honneth, 2001; Fraser y Honneth, 2003), estudios sociológicos que tratan sobre actores sociales contemporáneos (Zermeño, 2005; Carlsen, Wise y Salazar, 2003) así

como investigaciones sobre movimientos sociales en Europa y América Latina nos conducen a considerar que algunos de los mayores desafíos se encuentran a nivel de lo social-económico, incluyendo los problemas de redistribución de recursos. Por cierto, como lo afirma Touraine, nuestras vidas están desquiciadas por la sociedad de masas, ya no sólo a nivel de la producción, sino también a nivel del consumo y de la comunicación. No obstante, los problemas de redistribución y de reconstrucción de lo social frente a la desafiliación, están lejos de haber desaparecido, sea a escala local, nacional o global. Esto es particularmente visible en México, donde los problemas de las políticas agrícolas, de migración, de la economía informal, de la falta de empleo o de la reorganización de ciudades alrededor de maquilas, constituyen algunos de los mayores problemas que debe enfrentar la sociedad mexicana. Si lo cultural aparece como un ámbito privilegiado de realización del sujeto personal y colectivo, los problemas sociales guardan también su importancia. De ahí la pregunta de Zermeño (2005:131-132): “En París se inauguró en el año 2002 con gran éxito la exposición *Chiapas, Oaxaca, México, California*. Una muestra espectacular que Yvon Le Bot congregó en torno a la producción de artistas plásticos, escritores, músicos, cantantes, fotógrafos, cineastas y videoastas de esas regiones. Lo cultural se eleva evocando a lo social pero la pregunta persiste: ¿cuál es su eficacia, su contribución para el mejoramiento de la calidad de vida de esos hombres y de esas mujeres?”

Sólo podemos insistir, como lo hace Touraine, sobre el agotamiento del antiguo paradigma y sobre la necesidad de una nueva mirada que incluya mucho más a los desafíos culturales. No obstante, los actores sociales contemporáneos no son únicamente culturales. Las mujeres y los hombres de nuestros días no viven sólo de subjetividad y de sus expresiones culturales, sino que también se producen como sujetos y como actores cuando participan del mundo, del social y del económico. Estos análisis de actores sociales que animan la sociedad contemporánea nos conducen entonces hacia un nuevo paradigma a la vez cultural y social (más que post-social). De hecho, el propio Touraine considera que el surgimiento del paradigma cultural no significa para nada la desaparición de lo Económico, como lo Político no desapareció con la revolución industrial. Pero, según él, los desafíos mayores se juegan desde ahora a nivel cultural y es en términos culturales que actúan los actores del mundo contemporáneo.

Alrededor de Alain Touraine

En su centro de investigación parisino, Alain Touraine logró conformar un importante grupo de sociólogos que realizan investigaciones en ámbitos muy

variados, retomando los aportes de la sociología tourainiana: la diferencia, la violencia, el terrorismo, el racismo o el movimiento altermundista (Wieviorka), los jóvenes marginales de los suburbios, el medio escolar o el declive de las instituciones (Dubet, 2002), las culturas y los movimientos indígenas (Le Bot, 1997), los enfermos y la muerte (Bataille, 2003), las ciudades (Francq, 2003), la paternidad (Castelain-Meunier, 2004), etc. El Centro también tiene un enfoque hacia el Próximo y Medio Oriente y el mundo musulmán (especialmente en Turquía, Irán y Europa Occidental), alegando nuevas perspectivas a la visión del Sujeto (Touraine y Khosrokhavar, 2000) y de las “modernidades múltiples” (Göle, 2003 [1991]).

La influencia de Alain Touraine es especialmente viva y prolífica en México, donde su obra inspira una parte considerable de la sociología mexicana contemporánea. Los ámbitos de investigación de los que fueron o siguen siendo sus alumnos son muy amplios: la transición democrática, las mutaciones del Estado mexicano, los movimientos sociales (sindicatos, ciudadanos, campesinos, urbanos o indígenas), los migrantes, las transformaciones de la frontera, los derechos humanos o el lugar de las identidades en la globalización, entre muchos otros. Pero en sus análisis, la mayoría de ellos se enfocan más en los problemas y desafíos sociales y políticos que en lo cultural, ámbito que privilegia ahora el sociólogo francés. Es por ejemplo el caso de Bizberg (2003) y Bizberg y Alba Vega (2004), quienes desarrollan un análisis a la vez político, social y económico de las transiciones hacia la democracia y del nuevo modelo económico consagrado por el Tratado de Libre Comercio de América de Norte, destacando sus lógicas y oportunidades pero también sus límites a nivel de la democracia, de las desigualdades o de la desconexión entre los mercados internos y externos. Por su lado, Zermeño apoya su obra más reciente sobre la idea de “desmodernización” evocada por Touraine en 1997. Rechazando cualquier evolucionismo, Zermeño entrega un dibujo sin concesión de la sociedad mexicana minada por la atracción tradicional hacia el verticalismo y lo político tanto como por la aplicación de las imposiciones neoliberales y de la apertura comercial, llevando a una “pulverización” social. Pero al habitual pesimismo del sociólogo mexicano se agrega esta vez la búsqueda de vías alternativas que podrían llevar a una reconstrucción de lo social desde abajo y a un *empoderamiento* de los ciudadanos que se enfoque en la reconstrucción de vínculos sociales, la promoción de la participación ciudadana y el reforzamiento de los niveles intermediarios.

Conclusión

En las reflexiones de Alain Touraine a lo largo de más de medio siglo, se destaca una evolución progresiva de lo social hacia lo cultural y de la acción colectiva hacia un sujeto personal. Sin embargo, la dimensión social y la acción colectiva no son olvidadas en los escritos recientes, y viceversa, la búsqueda del Sujeto ya estaba presente en la obra anterior del sociólogo. Por ejemplo, el método de la intervención sociológica ya se destacaba por su “voluntad de descubrir el sujeto en el individuo” (Touraine, 2005). La búsqueda de los actores y de los desafíos mayores nunca se ha detenido, pero es por ahora del lado del individuo (que se construye en su singularidad) que el sociólogo lo piensa encontrar. Desde el inicio de su recorrido, Alain Touraine ha seguido su voluntad de desarrollar una sociología de la acción y es en este marco que lleva sus reflexiones e investigaciones sobre el sujeto, el cambio de sociedad y la necesidad de un nuevo paradigma para entenderla. Durante los últimos años, se interesó especialmente en los actores ahora centrales que son las mujeres, más aptas que los hombres para recoser los elementos desgarrados de nuestro mundo y de nuestras vidas.

Este breve panorama de algunos elementos del amplio pensamiento de Alain Touraine no puede concluirse sin mencionar sus consejos a una joven estudiante que Francq (2003) sintetiza en las palabras siguientes: “No quedarse en el mismo lugar, abrirse al mundo de los otros, llevar su mochila y jamás vacilar en ir a conocer otros lados, comparar distintas situaciones, nunca caer en la trampa de explicaciones de las prácticas por los actores de dichas situaciones”.

Recibido y revisado: mayo, 2006

Correspondencia: 3, rue Stein, B-4851/Gemmenich/Bélgica/correo electrónico: Geoffrey.Pleyers@anso.ucl.ac.be

Bibliografía⁷

Bajoit, Guy (2003), *Le Changement social. Approche sociologique des sociétés occidentales contemporaines*, París, Armand Colin.

⁷ La bibliografía reciente de Alain Touraine y de los miembros de su centro de investigación se puede encontrar en la página de Internet www.ehess.fr/cadis. Por otro lado, una lista de artículos y libros de Alain Touraine anteriores a 1995 fue publicada en Dubet y Wiewiorka (1995). Cabe señalar que la bibliografía siguiente sólo incluye algunos de los principales libros de cada “época” de la obra de Touraine, junto a los demás libros citados en este artículo.

- Barber, Benjamin R. (1995), *Jihad vs. McWorld*, Nueva York, Times Books/Random House.
- Bataille, Philippe (2003), *Un Cancer et la vie. Les malades face à la maladie*, París, Balland.
- Beck, Ulrich (1998), *Was ist Globalisierung?*, Frankfurt am Main, Suhrkamp Verlag.
- Bizberg, Ilán (2003), "L'ALÉNA: inégalités et démocratie", *Cahiers de Recherche, Centre Études Internationales et Mondialisation*, Montreal, Université du Québec à Montréal, texto completo en <http://www.er.uqam.ca/nobel/ceim/gripcdf/Bizberg.pdf> (última consulta diciembre 2006).
- Bizberg, Ilán y Carlos Alba Vega (coords.) (2004), *Democracia y globalización en México y Brasil*, México, El Colegio de México.
- Boltanski, Luc y Eve Chiapello (1999), *Le Nouvel esprit du capitalisme*, París, Gallimard.
- Carlsen, Laura, Timothy A. Wise e Hilda Salazar (2003), *Enfrentando la globalización: respuestas sociales a la integración económica de México*, México, Porrúa.
- Castel, Robert (1995), *Les Métamorphoses de la question sociale. Une chronique du salariat*, París, Fayard.
- Castelain-Meunier, Christine (2004), *La Place des hommes et les métamorphoses de la famille*, París, Presses Universitaires de France.
- Castells, Manuel (1999), *La era de la información: economía, sociedad y cultura*, México, Siglo Veintiuno (prefacio de la edición francesa por Alain Touraine).
- Charle, Christophe (1990), *Naissance des "intellectuels", 1880-1900*, París, Les Éditions de Minuit.
- Descombes, Vincent (2004), *Le Complément de sujet. Enquête sur le fait d'agir de soi-même*, París, Gallimard.
- Dubet, François (2002), *Le Déclin de l'institution*, París, Seuil.
- (1987), *La Galère: jeunes en survie*, París, Fayard.
- Dubet, François y Michel Wieviorka (dirs.) (1995), *Penser le sujet. Autour d'Alain Touraine*, París, Fayard.
- Ehrenberg, Alain (1998), *La Fatigue d'être soi. Dépression et société*, París, Odile Jacob.
- Elias, Norbert (1991), *La Société des individus*, París, Fayard.
- EZLN (Ejército Zapatista de Liberación Nacional) (1996), *Crónicas intergalácticas EZLN: primer Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo, Chiapas, México*, México, Planeta.
- Françq, Bernard (2003), *La Ville incertaine. Politique urbaine et sujet personnel*, Louvain-la-Neuve, Bruylant-Academia.
- Fraser, Nancy y Axel Honneth (2003), *Redistribution or Recognition?*, Londres, Verso.
- Fukuyama, Francis (1992), *El fin de la historia y el último hombre*, trad. de P. Elías, Buenos Aires, Planeta.
- Göle, Nilüfer (2003) [1991], *Musulmanes et modernes. Voile et civilisation en Turquie*, trad. del turco de J. Riegel, París, Éditions La Découverte.
- Honneth, Axel (2001), "Recognition or Redistribution? Changing Perspectives on the Moral Order of Society", *Theory, Culture & Society*, vol. 18, núms. 2-3, pp. 43-55.

- Houtart, François (2003), *Le Rôle de l'intellectuel dans les luttes sociales*, Louvain-la-Neuve, CETRI.
- Inglehart, Ronald (1977), *The Silent revolution: Changing Values and Political Styles among Western Publics*, Princeton, Princeton University Press.
- Joas, Hans (1999) [1992], *La Créativité de l'agir*, trad. del alemán de Pierre Rusch, prefacio de Alain Touraine, París, Éditions du Cerf.
- Kaufmann, Jean-Claude (2001), *Ego. Pour une sociologie de l'individu*, París, Nathan.
- Lapeyronnie, Didier (2004), "L'académisme radical ou le monologue sociologique. Avec qui parlent les sociologues?", *Revue Française de Sociologie*, vol. 45, núm. 4, pp. 621-651.
- Le Bot, Yvon (1997), *El sueño zapatista: Entrevistas con el Subcomandante Marcos, el mayor Moisés y el comandante Tacho, del Ejército Zapatista de Liberación Nacional*, México, Plaza y Janés.
- Mandalios, John (2003), "Nietzsche, Freedom and Power", *European Journal of Social Theory*, vol. 6, núm. 2, pp. 191-208.
- Martiniello, Marco (1997), *Sortir des Ghettos culturels*, París, Presses de Sciences Po.
- Polanyi, Karl (1992) [1944], *La gran transformación*, trad. Anastasio Sánchez, México, Juan Pablos.
- Poncelet, Marc (1994), *Une Utopie post-tiersmondiste. La dimension culturelle du développement*, París, L'Harmattan.
- Sahni, Isher-Paul (2001), "'The Will to Act': An Analysis of Max Weber's Conceptualisation of Social Action and Political Ethics in the Light of Goethe's Fiction", *Sociology*, vol. 35, núm. 2, pp. 421-439.
- Singly, François de (2003), *Les Uns avec les autres. Quand l'individualisme crée du lien*, París, Armand Colin.
- Taylor, Charles (1992), *Multiculturalism and "The Politics of Recognition": An Essay by Charles Taylor*, edición de A. Gutmann *et al.*, Princeton, Princeton University Press.
- Touraine, Alain (2005), *Un Nouveau paradigme*, París, Fayard.
- (2002), "From Understanding Society to Discovering the Subject", *Anthropological Theory*, vol. 2, núm. 4, pp. 387-398.
- (2000) [1997], *¿Podremos vivir juntos? Iguales y diferentes*, México, Fondo de Cultura Económica.
- (2000) [1994], *¿Qué es la democracia?*, México, Fondo de Cultura Económica.
- (1999), *¿Cómo salir del liberalismo?*, México, Paidós.
- (1998) [1968], *Le Mouvement de mai ou le Communisme utopique*, París, Le Livre de Poche.
- (1997), "Préface [Prefacio]" a la nueva edición francesa de *Le Retour de l'acteur*, París, Librairie Générale Française (véase también Touraine, 1987 [1984]).
- (1995a), "La formation du Sujet", en François Dubet y Michel Wieviorka (dirs.), *Penser le sujet. Autour d'Alain Touraine*, París, Fayard, pp. 21-46.
- (1995b), *Lettre à Lionel, Michel, Jacques, Martine, Bernard, Dominique ... et vous*, París, Fayard.
- (1995) [1973], *Producción de la sociedad*, México, UNAM, IIS/IFAL.

- (1994) [1992], *Crítica de la modernidad*, México, Fondo de Cultura Económica.
- (1993), “Découvrir les mouvements sociaux”, en François Chazel (dir.), *Action collective et mouvements sociaux*, París, Presses Universitaires de France, pp. 17-41.
- (1987), *Actores sociales y sistemas políticos en América Latina*, Santiago de Chile, PREALC.
- (1987) [1984], *El regreso del actor*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- (1980), *L'Après-socialisme*, París, Grasset.
- (1978), *La Voix et le regard*, París, Seuil.
- (1977) [1974], *Cartas a una estudiante*, Barcelona, Kairós.
- (1974) [1973], *Vida y muerte del Chile popular*, México, Siglo Veintiuno Editores.
- (1973) [1969], *La sociedad post-industrial*, Barcelona, Ariel.
- (1969) [1965], *Sociología de la acción*, Barcelona, Ariel, 1969.
- (1955), *L'Évolution du travail ouvrier aux usines Renault*, París, CNRS.
- Touraine, Alain y Farhad Khosrokhavar (2000), *La Recherche de soi*, París, Fayard.
- Touraine, Alain y Alain Renaut (2005), *Un Débat sur la laïcité*, París, Stock.
- Touraine, Alain, Zsuzsa Hegedus, François Dubet y Michel Wieviorka (1980), *La Prophétie anti-nucléaire*, París, Seuil.
- Touraine, Alain, François Dubet, F. Khosrokhavar, Didier Lapeyronnie y Michel Wieviorka (1996), *Le Grand refus: réflexions sur la grève de décembre 1995*, París, Fayard.
- Touraine, Alain, François Dubet, J. Strzelecki y Michel Wieviorka (1982), *Solidarité*, París, Fayard.
- Weber, Max (1987) [1919], *Política y ciencia*, Buenos Aires, Leviatán.
- Wieviorka, Michel (2004), *La Violence*, París, Balland.
- (2001), *La Différence*, París, Balland.
- (1998), “Le Multiculturalisme est-il la réponse?”, *Cahiers Internationaux de Sociologie*, vol. 105, pp. 233-260.
- (1988), *Sociétés et terrorisme*, París, Fayard.
- Wieviorka, Michel y François Dubet (1996), *Une société fragmentée? Le multiculturalisme en débat*, París, Éditions La Découverte.
- Zermeño, Sergio (2005), *La desmodernidad mexicana y las alternativas a la violencia y a la exclusión en nuestros días*, México, Océano.